

FERNANDO GONZALEZ GORTAZAR

En la era tecnológica que nos toca vivir, el arte ha estado en peligro de desaparecer, ya que su servicio no está claramente definido, como en los siglos pasados, cuando estaba sostenido por los valores de una sociedad basada en una espiritualidad determinada. Lo que caracteriza nuestra época son, sin duda, los avances materiales y racionales. El artista, receptáculo de la intuición, la espontaneidad, la imaginación, la sensibilidad, es decir, representante de la *Danza* en el contexto nietzscheano, se encuentra atraído por diferentes imanes. Tiene presente la tentación de la *torre de marfil*, en la cual pueda encontrarse consigo mismo. Le es más fácil echar mano del exhibicionismo que le permite protestar, como arlequín, contra el orden establecido o aceptar incorporar su obra a la sociedad de consumo. Puede aceptar la época e intentar integrar a ella su obra. Este último camino ha seguido por un grupo que crece aceleradamente: los diseñadores arquitectónicos, industriales o gráficos que tienen una obvia razón de ser dentro de la sociedad y son aceptados como parte integrante y necesaria de ella.

Pero por suerte existe también un reducido número de artistas, entre los cuales figura Fernando González Gortazar, cuya tarea reside en el empleo de elementos irracionales e imaginativos, en búsqueda de valores que dignifiquen y salven espiritualmente a la sociedad de masa. Para éstos, el tamaño de sus obras es de trascendental importancia, porque la monumentalidad saca al arte del recinto de las galerías y museos, de la élite de los intelectuales y lo pone en relación y al servicio de la comunidad. Sin embargo, aquí también el artista tropieza con el peligro de competir con la monumentalidad creada dentro del mundo de la técnica: el impacto de las grandes fábricas, la espectacularidad de las refineras cubiertas de humo, pintadas de colores que emiten un nuevo

timbre musical. O las cortinas de agua de las presas, los conjuntos de chimeneas, torres, radares, tanques, etc. ¿Cómo es posible para un artista competir con las maravillas formales que la técnica construye en todas partes? ¿Cómo espiritualizar estas formas a menudo bellas por sí mismas, aunque realizadas sin conciencia estética? ¿No es éste el gran desafío producto de la técnica que amenaza aniquilar al artista? ¿Está éste condenado a fracasar?

Estoy convencida, en lo personal, que —a pesar de la aparente imposibilidad de resolver este problema— la importancia y la necesidad del artista en la sociedad es hoy mayor que nunca, puesto que a él toca, en gran medida, salvaguardar los amenazados valores del mundo del espíritu. Vistos así, los *fracasos* de González Gortazar no deben tomarse como tales por el hecho de no estar realizados, sino haber quedado, en su mayor parte, como sueños convertidos en maquetas.

Siendo arquitecto, González Gortazar trabaja para integrar su obra a las condiciones específicas de un encargo establecido o para un determinado lugar. Le interesa esencialmente el efecto que sus realizaciones monumentales puedan causar al espectador del mundo moderno que pasa ante ellas a alta velocidad, la del automóvil, y es de lamentar que su talento no fuera aprovechado en el experimento atrevido de la Ruta de la Amistad en la ciudad de México.

El pesimismo de Fernando González Gortazar, al nombrar a sus trabajos *fracasos*, no es sino un nuevo llamado a la conciencia y un ejemplo del valioso esfuerzo del hombre sensible por enfrentarse a lo que hoy parece imposible.

Ida Rodríguez Prampolini [1970]



Imprenta Madero, S. A.
Avena 102
México 13, D. F.